

MARIA TERESA YÑIGO DE TORO  
FELIX ANTONIO GONZALEZ



SEMANA SANTA  
EN  
MEDINA DE RIOSECO

1958



PREGONES



1959

SEMANA SANTA  
EN  
MEDINA DE RIOSECO

MARIA TERESA YÑIGO DE TORO  
FELIX ANTONIO GONZALEZ

SEMANA SANTA  
EN  
MEDINA DE RIOSECO



PREGONES

1958

1959

*Una de las mayores preocupaciones del Ayuntamiento que me honro presidir ha sido, siempre, el dar realce a los magníficos desfiles procesionales que tanto lustre dieran a nuestra ciudad en tiempos ya remotos y en los que dejaron sus mejores tallas para admiración de la posteridad ese plantel formidable de imagineros castellanos. Era, pues, preciso dar nueva norma a nuestras fiestas religiosas y por ello se instituyó en Medina de Ríoseco el pregón de su Semana Santa, encargando de pronunciarlo, en estos primeros años, a dos jóvenes valores ríosecanos, de reconocido prestigio en los ámbitos de la Provincia y de la Nación, en el cual ellos han puesto el máximo cariño. El Ayuntamiento ha creído oportuno que estas piezas tan conmovedoras para nosotros, no se perdieran en el olvido; hoy las ofrecemos para deleite de propios y extraños y para que sirvan de propaganda a nuestra incomparable Semana Mayor.*

*Rafael Herrero*

MARIA TERESA YÑIGO DE TORO

PREGON 1959

«EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO...»

Ojalá el mío sea ardiente y sincero, apasionado y veraz...

Ojalá el Señor se digne, como en el Evangelio, purificar mis labios con un carbón encendido, para anunciar dignamente vuestra buena nueva...

SI YO ENCONTRARA la palabra exacta que explicara mi emoción de este momento, si yo diera con la frase justa que os dijera mis sentimientos de este instante, apenas necesitaría de mucho más para confeccionar la arquitectura de este Pregón. Porque esa palabra, esa frase serían tan auténticamente sinceras, comprenderían tal cúmulo de sensaciones, de ideas, de afectos, que vosotros os consideraríais suficientemente hablados y yo explicada suficientemente.

Pero no es posible. Yo tengo que elegir entre cientos de palabras las más hermosas, yo tengo que seleccionar entre miles las frases más adecuadas, para deciros por qué estoy aquí y para qué estoy aquí. Explicación primero y causa después. Trato, nada más ni nada menos, que de encontrar solución a las dos incógnitas en torno a las cuales gira la vida de los hombres, desde el principio de los siglos.

Estoy aquí porque hay momentos en nuestras vidas en los que el golpear del corazón apaga el soplo de la cabeza. Estoy aquí porque a la hora de elegir, elegisteis cordial y no cerebralmente; la explicación de mi presencia no hemos de buscarla en mi propia personalidad, ni siquiera en mi trabajo, ni en las cualidades positivas, efectivas que yo pueda tener, no; puestos a buscar esa causa, tendríamos que dejar al aire la imaginación y escarbar en los libros de la parroquia de Santa María donde desde hace siglos figuran apellidos que yo llevo; quien no tenga un soplo de poesía en el corazón no podría entender esto, no admitiría éste como motivo suficiente para que mi voz suene hoy en vuestra primera casa; pero vosotros, sí; vosotros que sabéis que hay retazos familiares míos en

cualquier rincón de vuestras plazas, en el quicio de una casa cualquiera de la calle de San Juan, en el surco olvidado de cualquier era, en un árbol lejano y perdido de una huerta de la carretera de Valladolid...

\* \* \*

LA VIDA es una operación que se hace hacia adelante, como dijo el filósofo. Se vive desde el porvenir porque vivir consiste en un hacer, en un ir formando la vida de cada cual a sí misma. Pero para esa proyección de vida futura, es necesario tener un respaldo, un punto de apoyo auténtico, una seguridad eficiente y sólida desde donde poder saltar, en el supremo esfuerzo para conseguir el mañana o a donde poder volver, en caso de que el salto resulte fallido; y ese punto de apoyo es el pasado. El hombre que conserva la fe en el pasado tiene, a la hora de la verdad, más fuerza para atacar el futuro porque está seguro de hallar en aquél la táctica, la vía, el método para sostenerse en el mañana. El futuro es, sí, el horizonte de los problemas, pero el pasado es la tierra firme, los caminos que creemos tener bajo nuestros pies. Y los caminos que yo tengo bajo los míos, son ríosecanos. Si cada cual vive en sus hijos...¿por qué no suponer que también vive un poco en sus padres? ¿Por qué no explicarnos así ese poso de experiencia que a veces nos sube impensadamente a la boca, sin que encontremos su punto de origen? Y en ese caso, si en la sangre que nos llega de atrás nos llega también un modo de ser, una configuración espiritual, distinta y clara, si cada cual tiene su pasado vivido y un futuro por vivir —pasado y futuro que quizá nunca viva personalmente—, comprenderéis qué fácil es explicar y entender que yo he jugado de niña en el Castillo a la salida del colegio, que yo he paseado al atardecer de un verano por el Paseo y por los soportales en invierno, que yo he bebido agua en el caño de San Sebastián y que me he perdido, puente Ajúcar abajo, buscando el afilado recorte de la torre de Santa María...

He aquí la explicación poética de mi presencia hoy aquí...

\* \* \*

PERO el por qué es pregunta de juventud, de inquieta y apasionada juventud. Y tras ella llega la pregunta de la madurez: para qué. Cuando esta pregunta surge, la vida declina irremediabilmente; pregunta adelantada que es

imposible soslayar: ¿para qué estoy aquí, frente a vosotros, cara a cara con la Ciudad de los Almirantes de Castilla, silenciosa hoy y expectante, sobre cuyo silencio mi voz tiene temblores emocionados? ¿Para qué he atravesado la Tierra de Campos, buscando impaciente la meta de Torozos-Pisuerga corriendo hacia el Sequillo, en una trastrocación hidrográfica de valores?

Para que yo abra, sea como sea, con suavidad o con energía, con fuerza o con ternura, con bravura o con paz, la liturgia magnífica de vuestra Semana Mayor. Para que yo coloque, sea como sea, con acierto o simplemente con intención, la base, la primera piedra, la paletada inicial de esta Catedral grandiosa que es vuestra Semana Santa. Yo he de pregonarla, yo he de abrir el aire, a fuerza de grito, para que hasta el cielo llegue el eco de nuestra voz. Este aire y este cielo de marzo castellano que tiene aún algo de invierno pero que huele ya a primavera.

Y si por primera vez en la Historia de España es una voz de mujer la que pregone vuestra maravilla, nadie podrá extrañarse porque yo daré a la mía huracanes de emoción y caricias de pinares. Pregón de vuestras santas fiestas que yo haré mástil y espada... verticalidad infinita de la espiga y la torre.

¡Decir vuestro Pregón!... ¿Sabéis lo que significa esto? Es algo así como desvelar, pudorosa y humildemente, el velo de vuestros templos, infinitamente hermosos; es algo así como mostrar a los ojos atónitos de los demás, el "sancta sanctorum" de la maravilla litúrgica y católica de vuestras procesiones.

¡Decir vuestro Pregón!... ¿Sabéis lo que significa esto? Es tratar de exprimir hasta el infinito la vena poética que todos llevamos dentro, tratar de hacer carne viva vuestra propia emoción a través de mis palabras. Es retrataros, es dibujaros, es hacer que cuando yo hable cada uno de vosotros viváis, sintáis en mi voz como si de la vuestra se tratara... ε

¡Decir vuestro Pregón!... ¡Qué maravilla!...

\* \* \*

SI YO tuviera que encontrar unas palabras que, al viejo estilo, sirvieran de lema a este pregón mío, quizá me decidiera por aquellas del poeta en las que decía que el mundo, con su equilibrio, con su armonía, estaba bien he-

cho. Porque jamás como hasta ahora he entendido ese equilibrio, esa justicia en la causalidad, esa armonía que los hombres o las cosas complementan entre sí.

Mientras el mundo se arranca su propio cuerpo, convulsivamente, y en Cabo Cañaveral se experimenta el último modelo de cohete interplanetario, mientras Europa se desangra y Africa hierve y China se destruye, mientras caen presidentes y parece haberse desencadenado fuerzas incontrolables, incluso para los mismos que las produjeron, he aquí que nosotros nos reunimos, en un rincón perdido del mundo, en plena meseta castellana, para convocar, a fuerza de amor, una representación litúrgica sin igual en la historia; he aquí que nos reunimos en el viejo lar de siempre para presentarnos firmes al primer toque del "pardal" que, destemplado y dramático, pondrá escalofríos de emoción en cuantos nacisteis en estas tierras.

Embajada, pues, de amor la mía y asistencia de amor, pues, la vuestra. ¿Entendéis por qué os hablaba al principio de la perfección y del equilibrio del universo? ¿De la paradójica y a la vez consoladora coincidencia de celebrar este encuentro entrañable junto a los muros seculares de vuestra vieja ciudad, mientras el mundo, horroizado, gira sobre su propio terror?...

¡Pregón de una Semana Santa castellana! ¡Pregón de la Semana Santa de Medina de Ríoseco! Aterra pensar que ha de ser mi voz, que yo quisiera grave y austera como las piedras de vuestras calles, como las tierras de vuestros campos, la que grite a toda la rosa de los vientos, la verdad y la belleza de vuestra Semana Mayor.

Pero... ¿por qué a vosotros? Pregonar quiere decir "explicar en voz alta alguna verdad que conviene hacer pública"... y ¿es que yo he de tratar de convencerlos de vuestras propias verdades? ¿Es que he de intentar demostraros lo único que no necesitará jamás demostración en el círculo de vuestras ideas? ¿Es que después de cuatro siglos he de venir yo a deciros que la Dolorosa de Ríoseco es la más bonita del mundo o que el Cristo de la Pasión parece mirar al cielo o que la salida de los "pasos" grandes es el espectáculo más impresionante de vuestra historia cotidiana? Indudablemente, no. La Semana Santa, como la devoción a la Virgen de Castilviejo, como el orgullo de vuestras Iglesias únicas, va en la masa de la sangre de cada ríosecano, formando su espíritu, su filiación, haciéndole volar, a través del espacio, cuando estas fechas

llegan, para asistir, siquiera sea en recuerdo, a los desfiles procesionales, a la entrada de la Virgen en Santiago, al paso rozado por los balcones del pie de Nicodemus; para oír, siquiera sea a través del viento, la sinfonía inolvidable y primitiva de los tapetanes ...

Sería hermoso, pues, contarles estas verdades al mundo, pregonar vuestra Semana Santa allá donde "Río-Seco" no quiera decir sino "Río sin agua", subir a la torre más alta del mundo y allí, como un almuédano piadoso, romper el viento hablándoles de vosotros y de vuestras cosas, narrándoles la maravilla de una fe, enhiesta como una espiga de la Tierra de Campos, cimbreada sobre el surco de un arado cualquiera; invitarles a que cuando el campo de mieses de Castilla juegue a ser el bosque del Domingo de Palmas, vengán a pasear sobre las losas de vuestra ciudad para asistir al espectáculo incomparable de la más auténtica, de la más sincera, de la más exacta Semana Santa de nuestro tiempo...

Sí... yo empezaría hablándoles de vuestra ciudad, esta ciudad anclada como un barco del Almirantazgo de Castilla, en el mar infinito de nuestra llanura. Mástil de piedra, vigilante y amigo, bandera entrañable, aupada sobre la maravilla blanca de vuestra torre de Santa María que espera cada tarde la puesta dorada del Sol, para vestirse de espiga... una espiga que a veces se inclina, amorosa, por mirarse en el Sequillo y a veces se yergue, tremante como una plegaria, como una columna de llanto, como una lanza más entre los pinos de la meseta...

Porque si Castilla es el corazón de España, un corazón generador de hijos, el corazón de Castilla es la tierra de Campos y en medio de ella, aislada en su orgullo, adusta, con el ceño grave de los viejos hidalgos que no saben sino de caza y de linaje, está la Ciudad de los Almirantes, cruce de caminos antañones y vivero de glorias empolvadas, ciudad de transitorios y caminantes, tentación de los hombres desde el principio de los tiempos. Nadie supo ni nadie pudo desdeñarla. Hombres primitivos del cobre y del hierro, celtas extraños, espigados y rubios, romanos dominadores y soberbios, cruzaron y recruzaron vuestras tierras atraídos por su paisaje y por su aroma. Godos y agarenos echaron las bases de una futura historia que os concierne; tras ellos la historia se hace carne entre nuestras manos. Los años tienen nombre, nombre de reyes y de nobles conocidos que van esmaltando vuestro propio futuro con su presente. Vuestros archivos se llenan de car-

tas de privilegio, de concesiones que llevan la firma de cualquier rey inolvidable de las Españas. Entráis en la historia, en la más gloriosa y bella de las historias. Vuestra palabra pesa, vuestro poderío se reconoce y aquel poblado que en la época de los romanos no era sino cruce entre tres calzadas —camino de centuriones— es ya una ciudad con “don” que tiene escudo de armas. Los campos que la circundan se llenan de voces y gritos de compra: Medina de Ríoseco, por concesión real, tiene ya Ferias. La Tierra de Campos, calladamente fecunda, se vuelca periódicamente en vuestra calles y vuestras plazas. Ríoseco es ya entonces “el más rico lugar donde dicen que hay más de mil hombres a cuanto de hacienda”. El dinero corre a raudales y el dinero —constante sicológica que a veces aterra— atrae a toda clase de gente, a ricos y a pobres, a ladrones y a artistas, a los elementos más dispares de toda una sociedad, totalizada a fuerza de oro. Entre los mercados que acuden a vender una mula no es extraño suponer que llegaron también los Espinosa y los Andino, los León y los Sierra, los Arfe y los Juni...

Hemos llegado a la cumbre de vuestra historia, a la cima ingente, empenachada de nubes, de una vida comunal. Si yo estuviera diciendo este Pregón entre gentes que no os conocieran, habría llegado el momento de echar al vuelo las campanas de la fantasía, de pintar ante sus ojos la maravilla polícroma de una época inolvidable capaz de levantar al aire transparente de la meseta infinita, las heridas dolorosamente amantes de cuatro catedrales prodigiosas. Es la época de las merindades y de los gremios, la época que asiste cada tarde a la llegada de las carretas de Buenavista y de Valdelatorre que rebrillean al último sol, con su carga de piedras que mañana serán torres. Es la época madre que hizo posible que hoy, en este momento, yo me disponga a trazar un cuadro, que quisiera inolvidable, sobre vuestra Semana Santa...

\* \* \*

EL ESCENARIO es perfecto. Nada falta ni nada sobra. Ninguna mano humana podría mejorar los telones de fondo que la Naturaleza puso a vuestras procesiones. Marco adecuado y ambiente perfecto. El mismo marco incomparable de las viejas calles vallisoletanas de la Platería y

de Cantarranas cuando la Virgen de los Cuchillos va a esconder su escorzo violento en su hogar de las Angustias. El mismo marco que ofrece el puente de Triana cuando "El Cachorro" pasea su desvalido tormento reflejado en el Guadalquivir.

Marco y escenario seculares, con callejuelas empinadas y recodos inverosímiles, con piedras agudas y difíciles, con casas pequeñas, enjalbegadas de blanco por donde asoma, allí donde la cal se resquebrajó, la mancha ocre del adobe castellano...

No. Nada falta ni nada sobra. Arcos y rúas viejas, tróchas y caminos vecinales, senderos de merindades y atajos de feriantes y peregrinos... calles con nombres evocadores, de la Sal, de los Lienzos, de las Escuelas, de los Tintes, viejas calles de los curtidores, de los herreros, de los vendedores de paños, calle de la Rúa con reminiscencias moriscas, inauditas en esta tierra de "pan a llevar"... viejos arcos de entradas y salidas donde Vírgenes y Cristos guardan la ciudad mientras la ciudad duerme; hornacinas ocultas y misteriosas ante las que se arrodillaban los "pasos", en dolorosa genuflexión...

No. Nada falta ni nada sobra. Hasta el aire, perfumado de pinares, parece que tiene un sabor más austero, más amargo, más íntegro, como en consonancia con los adobes y con el río seco, casi encenagado y sin transparencia donde no es posible la leyenda ni el ensueño... "Altozanos y llanadas, colinas atrevidas y cerros pelados, frescos retazos de vegas más imaginables que reales, horizontes infinitos, sin rebordes ni distancias, árboles yertos y solitarios que buscan, incansables, una compañía imposible... al fondo de este escenario perfecto, como último telón de fondo que cierra la embocadura, los derrumbes conocidos de los Montes de Torozos y, atrás, más atrás aún, como un transparente infinito, el río seco cerro de Moclín..."

La escena está dispuesta. La Iglesia, mágico artífice de las fiestas que se avvicinan, ha corrido sobre los altares, sus velos morados tras los que los Cristos sudan sangre y las lágrimas de las Vírgenes se pierden en la oscuridad. El aire de Río seco se tiñe de luto. Estamos en Semana Santa, en los primeros días de la Semana Grande, cuando las palmas del Domingo de Ramos, están, paso a paso, convirtiéndose en lanzas...

El preludeo ha comenzado y los acordes iniciales del gran oratorio que se prepara han vibrado sonoros, a telón corrido. El Lunes y Martes Santos han pasado suavemente, como con prisa, deseosos de cubrir sus propias horas que han sido como un sueño desvelado en busca de madrugada, como una iniciación piadosa para lo que ha de venir...

\* \* \*

LA TARDE del Miércoles Santo se ha puesto fría. Los soportales están desiertos. Parece que sobre la ciudad ha caído ese silencio, tenso y trágico, que precede a todas las tempestades, como si cada río seco estuviera a solas consigo mismo, desempolvando en su propio corazón una de esas tres emociones fundamentales que le imprimen un carácter indeleble en su conciencia. Agazapados, acechantes, dispuestos, esperan, oído atento, el destemplado, el angustioso, el monótono, el inolvidable toque del "pardal"...

Las calles están sombrías... los comercios, vacíos; por la calle de la Sal, suenan, estridentes en el silencio, las pisadas isócronas de un burro que viene cargado con agua desde el caño de San Sebastián... unos niños... un grito de un pastor que vuelve... el silencio se hace eco en la calle de los Tintes; pero hay un trajín inusitado en los corros de la ciudad, como el preparativo contenido de un ejército que va a entrar en combate. Mujeres apresuradas, cargadas con cirios, hijos de aquellos otros cirios inolvidables con una puertecilla por donde se apagaba y se encendía la vela y que se agarraban, amorosamente, con la mano escondida entre los pliegues del pañuelo más hermoso; unos mozos llevan y traen unas andas de madera; un viejo porta un ramo de flores; un niño de luto se rinde bajo el peso del hábito del padre muerto; Santa María y Santiago tienen un aire presuroso de complicidad con el pueblo... dos tocas blancas, almidonadas, albean un instante transportando la túnica morada del Nazareno, esposo fiel que espera que le vistan...

La tarde del Miércoles Santo está cuajándose en noche... las carracas, irreverentes, ahogan en cada iglesia el murmullo de los maitines; están llegando los primeros forasteros, esos forasteros a los que Río seco, mitad adusto, mitad orgulloso, irá enseñando cada detalle, cada rincón, cada maravilla...

Y de pronto, como si la noche apenas fuera intervalo, ha nacido el sol, un sol vertical y ardiente. ¡Qué bien conocéis vosotros ese sol! Es el mismo de vuestras eras, de vuestros campos, de vuestras terribles sequías que sólo alivia el Cristo de Castilviejo. Pero el sabor a sudor que ese sol tenía allá, se ha transformado únicamente en trigo, en espiga, en pan, en sabor a Eucaristía.

Los arcones se han abierto. Los armarios arrojan al aire deshabitado de las alcobas de arriba, el mejor traje, el mejor vestido, la moda última que se compró hace meses en Valladolid, cuando se vendió con ventaja aquella partida de ovejas. Y todo, de pronto, parece reír: el aire, que tiene temblores de sagrario en gala; los árboles, recortados en la lejanía; hasta el río, resecaado y sucio... es el Jueves de la Cena, el Jueves reidor y soleado, manchado aquí y allá por mantillas negras que han salido del viejo arcón de madera donde la abuela pone, cada año, unas matas de tomillo o unas hojas de espliego.

¡Qué vieja la liturgia de este día! Tendríamos que correr hacia atrás el calendario de los siglos y llegar hasta aquellos dorados tiempos en los que el sol siempre iluminaba tierra española. La época trágica en la que era posible cualquier sacrificio, en la que la fe era algo vivo y tangible, en la que los actos de penitencia y caridad corrían de los reyes a los villanos; allá, cuando la Orden de San Francisco da con la idea cumbre de la realidad del brazo de la fantasía. Lo mismo que ellos hacen los primeros nacimientos de madera o de barro para exponer el misterio de la Natividad a todos los hombres, así entonces arrancan las figuras de bulto de retablos y relieves, y dándolas dimensiones humanas, las lanza a la calle, a exponer sus llagas y sus heridas a la luz del sol, a acercarse al fervor del pueblo que va a poder tocar esas carnes maceradas, que va a poder enjugar las lágrimas de las Vírgenes. Los santos de tela y palo van a vivir con los hombres, van a recorrer sus calles, van a pararse en sus plazas, van a echar una suave mirada, cansada y triste, por sus balcones abiertos. Los Hermanos disciplinantes van a poder salpicar con sangre las efigies de Cristo flagelado. El pueblo y Dios se identifican a través del sacrificio. Ellos Le encuentran más hombre y El les encuentra casi divinos...

Pero ¡cuánto tiempo de todo eso ya! Tendríamos que remontarnos a los finales del siglo XVI cuando de la capilla del Santo Cristo de Santa María, nace la nueva cofra-

día penitencial de la Quinta Angustia que dará cabida a todas las heroicidades, que lavará las llagas que los hermanos de sangre irán haciéndose, calle de la Amargura abajo. La penitencial ríosecana nace al amparo de la vieja Santa María que, desde su torre maravillosa, la miraba con sonrisa materna que se sabe más alta y se sabe más vieja...

Y he aquí vuestro milagro local. Al cabo de cuatro siglos, cuando el hospital ha desaparecido, cuando los hermanos de sangre se llaman solamente hermanos de luz, cuando apenas queda el recuerdo de su capilla levantada a la sombra de la calle de la Escuela, cuando todo lo que significa forma ha desaparecido o se ha modificado, el fondo queda, la esencia perdura, el alma de aquellas procesiones sigue siendo el alma de las vuestras.

La piedra de Buenavista está de fiesta este Jueves. Santiago, la maravilla de los dorados siglos, es hoy la protagonista de la milagrosa aventura. Serpenteantes, vacilosos, como tanteando con sus plantas el suelo desigual de la Ciudad de los Almirantes, los "pasos" van formando el primer cortejo solemne de la Semana Mayor. Y conmueve ver que en estas tierras de secano, áridas y ocres, donde la vista se cansa y se pierde buscando el verdor de una mata imposible, los primeros son los huertanos, los hombres que nada saben de la espiga y de la era y que arrastran como si fuera una flor —la primera— el paso de la Oración del Huerto. Capricho sutil de estos hombres: verde arriba, en el follaje del Arbol sobre el que aparece el Angel; verdes en sus tierras, verdes en sus frutos, verdes en su trabajo. Y sin embargo, manchan su túnica de azul y de violeta, como si quisieran poner fondo de cielo a su trabajo de cada día...

Tambaleante, Cristo pide al Padre que aparte de Sí aquel Cáliz amargo, pero el Padre parece estar lejos de Río seco, que se encapota de nubes; el Padre parece olvidar a este Hijo solitario que va a morir una vez más, cabe los soportales en sombra...

Ya no corre la sangre de los penitentes por las losas de las rúas empinadas. Ya sólo corre la de Cristo, eternamente renovada para vergüenza y recordatorio místico. Ahí le tenéis: ha torcido la cabeza para no dejar de ver a los hombres, estos hombres espigados y recios que le transportan a hombros, atado a su columna, abrazándola, como no queriendo que nadie, ni siquiera la piedad de sus

hijos, le aparten de ella. Y al aire frío de la tarde que va cayendo, los instrumentos del martirio se mueven con un ondular siniestro de mieses secas. Las túnicas que azuleaban hace un rato, van tornándose moradas, como manchadas por el crepúsculo cárdeno...

Pregonero de sí mismo, tal como le envió el Padre, aparece Cristo atado a la columna, blanco y nítido, destacando entre el bosque inmenso de terciopelo negro de sus cofrades... es un Cristo pequeño, dulce, trémulamente hermoso que abre, a fuerza de compasión, el corazón de los hombres...

Apenas ha doblado nuestra propia sombra cuando ha surgido tras El, la popular figura de Pilatos. Impetuoso, arrogante, plegada sobre el hombro la rica toga romana, hijo de dominadores y príncipe de los indecisos, señala con un gesto ampliamente duro, al Cristo humilde que viene tras él... ahí están, sí; pero ¿cómo se llama este paso? ¿Ecce Homo? ¿Coronación de Espinas?... Ríoseco no le conoce por tales nombres; la imagen popular, como siempre, es clara: el Cristo de la Caña, como si las ansias de gloria de los viejos ríosecanos, reyes individuales de cientos de tronos, se centraran en ese irrisorio y falso emblema del poder del Rey humillado... ¡qué fina percepción la del pueblo! Ahí, en esa caña pobre, seca y astillada, está el verdadero significado del misterio, incluso de aquellas palabras bíblicas: "Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y revestido del manto de púrpura. Y les dijo Pilatos: "Ecce Homo..." He ahí al Hombre, ahí tenéis al Hombre... al Hombre de martirio, al Hombre infinito, al Hombre... parece como si la cabeza se inclinara bajo el peso del sol y los hombros, más que por el manto, por el de un arado invisible. Como si sobre El se acumularan los trabajos de todo el mundo... y la mirada se le pierde ¿quién sabe dónde?... como se pierde la vuestra cuando la cosecha no medra, cuando hiela, cuando no llueve... con la pena infinita del hombre castellano. Quizá por eso, por los sutiles parecidos que vamos encontrando en vuestras imágenes, habéis podido llegar a la intimidad absoluta de llamar al Hijo de Dios, el Cristo de la Caña.

Y el Vía Crucis gigantesco sigue... Cristo ha sido ya expuesto como el Hombre. Cristo es ya un despojo sangriento que pide compasión. Oíd la trompeta que le precede, esa trompeta que la imaginación popular, a galope sobre vericuetos extraños, apodó ignominiosamente. Y tras

el eco vibrante del sayón que anuncia, el Nazareno se arrastra penosamente... ¡qué parecidas son vuestras calles a aquella por la que Cristo pasara, camino del Calvario! Miradlas, son tortuosas, difíciles, empinadas, desiguales, como alisadas únicamente por el paso de los siglos y por el paso de los hombres... calles viejas de Medina de Ríoseco, que ahora podrían llamarse cada una, calle de la Amargura y del Dolor...

“Y echaron mano de un tal Simón, natural de Cirene, que venía de una granja...” ¡Qué venía de una granja! He ahí la explicación de la simpatía natural que el Cirineo tiene entre vosotros. ¡Que venía de una granja! Venía con sudor reseco entre las manos, acababa de estar limpiando, regando, abrevando sus animales de tiro... Y es él quien alarga, decido, su mano para tirar del Madero de Aquél que ya ha caído tres veces...

¡Estaciones eternas de un Vía Crucis sensacional! Cristo está dispuesto. Sólo falta un detalle: que igual que le quitaron los amigos, la Madre, la libertad, igual que le quitarán la vida, le despojen de lo último que le queda, que le dejen inerme, desnudo, tal como naciera en el viejo establo de Belén. Dice San Marcos: “Y repartieron sus vestiduras”. ¡Qué paso tan ríosecano! No hay en él legados de otras épocas ni demasiada antigüedad en sus tallas pero no entenderíamos vuestra Semana Santa sin este “paso” de la “Desnudez”, tan vuestro que volvéis a la intimidad cordial de cada día y como al mayoral de vuestra casa, como a la vendedora de la esquina, como a aquel comerciante amigo, también la “Desnudez” tiene su apodo: el “Barrena” es un personaje vuestro, malencarado, antipático y feo hasta la agresividad. El “Barrena” pudo muy bien ser mozo de cuadra o aguador o fundidor o herrero. El “Barrena” es alguien a quien podríamos encontrar al volver la esquina de la calle de los Tintes...

Y aunque ya está cuajándose la noche, os parece que de pronto hay un resplandor infinito en vuestros soportales. Yo os diré qué es: es que vuestro, inmenso, inolvidable, desfila el Cristo de la Pasión. Mira al cielo y no le conoce. El sabe del mediodía ríosecano, aristado de soles infinitos, del que siempre fue mensajero, pero ahora el Cristo de la Pasión, sabe que también Ríoseco tiene noche, una noche sublime de Jueves Santo con finos perfiles de escarcha... No es de nuestros viejos Cristos imagineros que han inclinado la cabeza en un último ademán

humano, no. El Cristo de la Pasión es un Cristo vivo, supremamente vivo que aún sufre, que aún anima, que aún tiene, a través del polvo que le cubre, destellos vivos en su piel. Aún no se han cumplido las profecías y el velo del templo está intacto; pero el presagio fatal está en las nubes y ha caído, planeando como un ave de mal agüero, sobre la túnica negra de sus cofrades... Parece que va a hablar y sobre el aire, aún no dichas, están sus palabras: “¿Señor, Señor, por qué me has abandonado?”

La noche del Jueves Santo está aupándose sobre la torre de Santa María, dispuesta a arrojarse sobre la ciudad... la oscuridad del atardecer castellano va velando contornos y perfiles y algún hachón encendido libra su última batalla con el frío cortante que sale de un destartado portalón de cualquier calle... comercios cerrados y balcones abiertos... la ciudad espera el momento sublime que cada ríoecano lleva en su corazón...

Tambaleante, como un barco mecido por el mar del esfuerzo y del amor, ha aparecido allá, en el escorzo difícil de una calle en cuesta, la silueta doliente de la Madre del Mayor Dolor... ya no es la virgencita de Nazareth quien se acerca, ni siquiera hemos pensado, al verla, en esto... no; esta Virgen —la más bonita de todas— es de aquí, de Ríoeco; ha nacido en cualquier casa de la calle Ancha, con filiaciones judaicas; la Dolorosa es una espiga más en la Tierra de Campos, una imagen bendita por los siglos de los siglos sobre la gleba castellana.

Hay un escorzo violentísimo en su figura, un aire barroco en sus paños que tremolán, que ondean, que se retuercen; pero todo ese escorzo, toda esa violencia se transforman en suavísima angustia, en tristeza infinita al llegar al rostro. Una boca entreabierta, unos ojos húmedos que miran al cielo, una paz inconcebible dentro del mismo dolor... ¡La Dolorosa de Ríoeco! ¿Es que no ha de hacerse verso la palabra y ritmo la frase para hacer un soneto, limpio y claro, como de mármol, mejor aún, como de pino de Castilla, fragante y vivo, para que armonice mejor con su figura? ¡La Dolorosa de Ríoeco! La más bonita del mundo...!

Ya no hay luz en la ciudad... hay que ir a buscarla. Y el pueblo, transfigurado, acude en su busca. La Dolorosa va a entrar en su casa. Ha terminado su peregrinaje difícil por las costosas calles y la salida que cada año

efectúa, de esquina en esquina, de plaza en plaza, ha concluído. Habrán de pasar muchos lunas y habrá de ponerse muchas veces el sol, hasta que su triste gesto se pasee de nuevo, calle arriba. Pero ¡cómo tiran de ella! Se palpa su ansia de quedarse, de permanecer sobre el polvo de las calles mal empedradas. Se vuelve lenta, pausada, majestuosa... Ríoseco tiembla un instante pensando que la mirada que busca el cielo quizá descienda y les mire... Y ¿quién sabe si no es cierto el milagro? Suena una música... ¿Cuál es? y eso... ¿qué importa? La Salve sube al cielo como un místico incienso melodioso... las sombras de Hontañón y de Tolosa, de Espinosa y de Canseco, de Berrojo y Churriguera, la sombra de Tomás de Sierra, esperan tras la puerta en tinieblas a que acabe ese minuto de misericordia que el cielo concede cada año a Medina de Ríoseco. Luego la Virgen volverá a entrar en Santiago y les pertenecerá por entero. Hay un instante de retablo milagrero cuando la Virgen queda enmarcada contra la fachada plateresca, llena de luces... los sillares de Buena-vista relucen como el sol en la noche de Jueves Santo... hay un llanto conmovido en las mujeres, que entienden como nadie la soledad de una mujer que es madre... el reflejo postrero de los cirios —luna marmórea sobre la fachada en fiesta— agoniza y muere. La Madre del Mayor Dolor, la Dolorosa más bonita del mundo, se pierde en las inmensas naves de Santiago, bajo las bóvedas aristadas llenas de color...

Sobre la noche de Ríoseco hay como un temblor de olivos. Nos atraviesa la tentación de atravesar el puente Ajújar y perdernos en la meseta sin contornos en busca de un Getsemaní imposible...

¿Qué mensaje ha quedado en el aire de la ciudad la noche del Jueves Santo? Sería hermoso ir de casa en casa, bucear en el fondo de las conciencias de cada cual, tratar de desentrañar el verdadero significado que la primera procesión de la Semana Santa ríosecana ha dejado en los corazones de los que están y de los que vienen, de los que jamás se apartaron de la sombra tutelar del Castillo en ruinas y de los que, alejados por la vida, la distancia y el tiempo —¡tiempo y espacio en matrimonio de imposibilidades!— han acudido, fieles y puntuales, a la cita ineludible...

¡Noche de Jueves Santo, aristada de fresca escarcha casi primaveral! La ciudad, adormecida, espera el amanecer...

cer en el que el clarín familiar pondrá temblores de emoción en todos los pechos. Sueño de algún cofrade que se prepara, en las sombras del sub-consciente y que tira, en la bruma de su dormir, de las andas de un paso cualquiera...

Y allá arriba, en el cementerio olvidado, ¿por qué no suponer que hay un tumulto misterioso de viejos cofrades que no podrán vestir el terciopelo polvoriento del capirote...?

¡Noche de Jueves Santo ríosecano, aterida de frío en la meseteña madrugada!

\* \* \*

SI YO DISPUSIERA de esos fondos musicales que pródigamente nos brindan cines y emisoras de radio, cortinas sinfónicas que enfocan y realzan la acción o la palabra, dejaría a un lado sonatas y orquestas, preludios y corales, para pedir a vuestro "pardal" que diera su largo, su triste, su dramático toque para hacernos entrar, de su mano, por el pórtico conmovido del Viernes Santo ríosecano. Nadie mejor que él lograría poner en vuestra piel ese escalofrío de emoción que sólo se logra a través de las cosas demasiado sencillas y demasiado entrañables, hermanadas con nuestra propia vida.

Desde su casa los más, en las iglesias los menos, los ríosecanos oís la llamada que anuncia a la vieja ciudad dormida que ha llegado la hora de empezar la última dramática jornada de la Semana Mayor. Ya no hay tiempo para el preparativo ni para el proyecto... el sermón de Pasión, espera... ya sólo hay tiempo para la meditación y para el rezo...

Viernes Santo en Castilla. Hay algo de conciso y de auténtico en el clima que envuelve, cariñoso, la vieja urbe. Aquella autenticidad de que hablábamos al principio se refuerza ahora... el adobe y la calle, la plaza y el corro, el aire y el cielo, el río y el paisaje, el polvo y el olor, la palabra y el gesto se componen entre sí para dar la impresión exacta de un cenobio. Aquí no hay una voz que disuene, ni un grito que rompa el encanto; aquí no hay manchas de color en la tierra ni bermellón en el cielo...

el tono violáceo del horizonte es como un trozo cárdeno de Cristo yacente...

Las mantillas que ya lucieron sus blondas en la noche del Jueves Santo, salen de nuevo al aire de la calle para acompañar al nuevo y estremecedor acto de las Siete Palabras que Cristo dijo en la Cruz. San Francisco, la Iglesia rica por dentro, pobre por fuera, será el marco aumentativo de las palabras divinas.

En el jardín del templo la sombra del "poverello" de Asís contempla sus propias llagas, herencia del mismo Cristo y unos pájaros, eternos huéspedes de la torre de Santa María, sienten pena de dejar el asilo momentáneo del cordón pétreo que adorna la fachada.

Son las tres de la tarde del Viernes Santo castellano. En una Iglesia en sombras, sin que vosotros lo sepáis, el Cristo de la Pasión ha inclinado la cabeza y ha expirado en una agonía lenta que pasma a los siglos.

El tercer acto de la gran tragedia está a punto de comenzar. La iniciación y el nudo de la trama ya han pasado, como una procesión fantasmagórica, repetida cada año ante vuestros ojos, eternamente sorprendidos.

El telón va a levantarse y los actores, los protagonistas humanos de esta tragedia a lo divino, se preparan seria y concienzudamente; hay un ajetreo imprevisto en las casas de los Hermanos Mayores y los Mayordomos que ya han gustado el almuerzo de salmón y el potaje a la antigua usanza. Todos se sienten gravemente importantes en esta tarde del Viernes Santo.

Las gentes se apresuran a llegar, cuanto antes mejor, al corro de Santa María, el viejo corro testigo de Consejos Abiertos, allá cuando la Edad Media enseñoreaba los caminos de la Cristiandad, cuando las vírgenes góticas se retorcían en medio de su hieratismo y los caballeros iban en busca de la muerte para salvar su fe.

Y es que la acción que hasta ahora tuvo como escenario rúas y calles, se traslada ahora a esa casi plaza que parece agigantarse en las horas de la Prima Tarde, después del sermón de la Soledad, cuando el tímido sol del mes de marzo no sabe qué hacer, si esconderse, lleno de dolor por tanto sacrificio o quedarse un rato más para presenciar la heroica y repetida hazaña de los ríosecanos.

Están lejos los años del siglo xvii cuando los hombres vestidos con albas y casullas portaban el Santo Sepulcro, ante el horror de más de un beneficiado provinciano; están lejos y sin embargo ¡qué cerca en la continuidad maravillosa de este esfuerzo anual de vuestros hombres!... ¡qué cerca!...

¡Tarde de Viernes Santo! Los soportales están lóbregos y tristes, callados... Cae la tarde... el corro de Santa María se llena, sin embargo, de gritos y de premuras. La cúspide del Gólgota fantástico, trasladado a esta Ciudad abierta y labradora, asentada y sedimentada en tierra llana, en los antiguos campos góticos, como la definiera Miguel de Unamuno, está ahí, a la mano...

Los “pasos” grandes van a salir... música anacrónica pero estremecedora en su simplicidad elemental... silencio... una voz de mujer susurra:

—Este año lleva mi hijo el “Longinos”...

Y otra:

—Mi marido lleva la “Escalera” hace diez años...

Silencio. Una voz de mando. Longinos aparece de espaldas al pueblo, como avergonzado de dejarse arrastrar sólo por hombres... la mole se balancea como un barco indeciso, un barco sorprendido de hallarse anclado en tierra firme; pero de pronto el barco se hace pájaro y parece lanzarse al cielo, como queriendo volar; el mismo esfuerzo, rápidamente, le sujeta ahora, le ancla en su ascensión increíble; pero no hay tiempo para la reflexión. El paso de la “Lanzada” ya luce su policromía al aire de la tarde. La hazaña —por repetida no menos heroica— se ha llevado a cabo en su primera parte. Ni un instante para el respiro, ni siquiera para el comentario: el paso del “Descendimiento” ha asomado, precavido, al corro de Santa María: pero Nicodemus no está, aún queda adentro, encaramado en las sombras del salón centenario, con el corazón latiéndole en su cuerpo de pino reseco...

¿De dónde nace tanto silencio? ¿Cómo es posible que nadie hable, que nadie murmure, que nadie sugiera?... Río seco está arrastrándose, mano en tierra, ofreciéndose en la herida abierta de sus manos en carne viva, sudando por primera vez lejos de sus campos... Río seco está sacando el “reventón” a pulso y todos los que están allí, los de aquel balcón, los que taponan las puertas del Casino, los

que se situaron en la calle de la Escuela, los que lejos, calle de Santa María arriba, cerca ya de los soportales suponen, sin ver, el esfuerzo, todos se unen en memoria al acto único de dar a luz, un año más, a Nicodemus, bajo el cielo recortado del corro de Santa María.

Luego los aplausos, esos aplausos que quieran o no, son tan litúrgicos como el tableteo de las carracas, como la avalancha triunfal y wagneriana del órgano. Y los comentarios. Y los gritos de: "Yo creí que se venía abajo" o "como se tambaleaba la "Escalera"... ¡La Escalera! ¡La Escalera y Longinos! Simplificación cordial e íntima de otros nombres... el lomo del caballo del soldado ciego es la parte más saliente del "paso", la más reluciente, la más familiar en estas tierras de arados y de caza... y la "Escalera" es como el símbolo supremo de la altura y del medio... ¡poesía y práctica que motejan a los Cristos y ponen nombres entrañables a las Vírgenes!...

Los mozos más altos adelante y atrás, como los pilares elevados de un irregular puente. En el medio, los más bajos, con un suplemento de madera que en nada se diferencia de las andas, a la hora de macerar la carne. Ha pasado el momento del máximo esfuerzo y los cofrades han bajado sus túnicas arrolladas en el cingulo y han bajado el capillo a la cabeza. La rúbrica solemne de la tarde de Viernes Santo ha quedado trazada en el aire, como un rotundo gesto de hombría y de tradición; por las calles serpenteantes resbala el cortejo... las mozas, desde los balcones bajos, se aúpan estremecidas, por tocar el talón de Nicodemus que forma ángulo agudo con las nubes... ¿quién sabe?... ¡quizá sea verdad! Gamadiel golpea incansable con su martillo y la Magdalena y San Juan extienden el sudario sobre el que el cuerpo de Cristo dibujará el boceto de su martirio cruento... Hace doscientos ochenta y cinco años que los personajes centrales de este "paso" gigantesco, exponen sus vidas a las miradas del pueblo; hace más de dos siglos que las muchachas ríosecanas sueñan con el novio y, con una mezcla primitiva de fe y de duda, rozan el pie de Nicodemus, punto supremo de la geografía procesional de la Semana Santa.

Está cayendo la noche... porches arriba, porches abajo, la vieja Piedad de Rodrigo de León, pasea, inconsolable su angustia de madre, mostrando a cuantos la miran, su dolor hecho carne, carne sin vida, carne acurrucada en el cuerpo inerte de su Hijo, que parecé dormir en su regazo... la talla que todo el año descansa en el convento de

Santa Clara, parece cobrar vida ahora. Lo que en el claustro no era sino madera y arte, es ahora maternidad herida, arropada entre el terciopelo negro de su manto... los cuchillos que en la Dolorosa eran aún vida martirizada, eran azotes, eran espinas, eran clavos, eran cruz, se han convertido en una espada única, de muerte, que Simeón vislumbrara una mañana soleada del mes de Febrero, al pie de las gradas del Templo...

La tragedia está tocando a su fin y el silencio puede cogerse con las manos. Es ese mismo silencio de la alcoba de un moribundo, silencio innecesario porque sus oídos ya no lo recogerán. El Cristo de Mateo Enríquez, ese Cristo ligeramente escorzado que apunta al cielo su barba nazarena, descansa ya en el blanco sepulcro de piedra y cristal, entrevelado, dibujadas en su rostro amarillento las luces y las sombras que tejen y destejen los cirios encendidos. Las mujeres siguen rezando. La cantinela toma ecos de miserere incompleto. Los hombres del campo, descendientes de antiguos curtidores, parecen llevar sobre sus hombros, el cadáver de un amigo muerto...

Ha sonado un ruido extraño entre los bastidores del Gran Teatro de vuestra ciudad. Maniobran allá arriba y el telón se prepara para descender sobre el pueblo en calma.

El último personaje del drama, la Soledad, avanza tambaleándose de dolor, tratando de alcanzar el sepulcro de su Hijo para verle por última vez, siquiera sea muerto... nada sabe ya de los designios de Dios ni nadie le informa de qué ha querido decir su Hijo con aquello de que "pasados tres días reedificaré el templo"... pero lo que sí sabe es que ha venido a cumplir la voluntad de Dios y jamás pregunta alguna salió de sus labios en presencia del Maestro. Luego vendrá la alegría de la mañana de Pascua y de su encuentro, pero ahora —mujer y madre— sólo sabe que ha muerto y que se le llevan para siempre, calle arriba... y aunque quiere, no puede apresurar su paso...

Las palabras de Isaías revolotean en la memoria al verla, erguida en medio de su angustia, las manos apretadas hasta hacer empalidecer los nudillos, la boca abierta en un supremo grito de dolor truncado, los ojos que luchan entre la tierra donde está aún el cuerpo del Hijo que ella dió vida y el cielo desde donde podrían dar respuesta a sus preguntas...

¡ "Yo, sola y abandonada"... los amigos han huído, los apóstoles... ¿dónde están los apóstoles? Las piadosas mu-

jeros, discretas en su primitiva sabiduría, se han retirado sabiendo que no hallarán palabras para su dolor...

“Yo, sola y abandonada”... los mozos la llevan, engañándola a medias, retardando el paso, procurando que no alcance nunca a ese Hijo muerto que la precede... y Ella, suprema discreción, calla y llora...

\* \* \*

NADIE SE HA DADO CUENTA pero ya ha anochecido. Se nota, naturalmente, en el cielo; pero se nota también en el cambio brusco de las luces, de los colores, de las túnicas que van volviéndose negras... como si también la luz huyera, aterrorizada, dejando sola a la Madre...

La Procesión —la última Procesión— sigue moviéndose como un enorme cuerpo articulado; delante los gremios, cerca de los pasos, el pueblo. Las mujeres de Río-seco —silencio y corazón— rezando y alumbrando con la luz de su amor más que con la de sus cirios, a estos santos de tela y palo que encierran en sí la vida de sus abuelos, la de sus padres... que un día encerrarán la de sus hijos...

Desde lejos parece que marchan —sombra cuajada en la noche— sobre las cabezas de la muchedumbre, guiados por el reguero de luz que marcan los hachones...

La Procesión —la última Procesión— parece el eco vivo y perenne de un sermón magnífico que amenazara terminar, un Sermón de la Soledad que va quedándose frío en la calle...

Las túnicas presienten ya el arcón familiar que huele a naftalina, donde dormirán un largo año... habrá un paréntesis de silencio meditativo y luego vendrá la dorada alegría de la Resurrección... por las calles blancas de alleluia, se encontrarán la Madre y el Hijo, consolándose ante la mirada del Padre... los comercios abrirán sus puertas, las torres volverán a contarse sus secretos, el aire se hará más blanco, los pájaros anidarán de nuevo en el jardín de San Francisco y el silencio, derrotado, escapará por las tres puertas de la ciudad para refugiarse en las altas ruinas del castillo; esperará un año para bajar de nuevo a la paramera animada y tender sus alas renegridas sobre la ciudad...

El gozo del "Resurrexit" será como una paloma blanca que —como la primavera— nadie sabrá cómo ha venido.

Pero en el recuerdo habrá quedado la fotografía perfecta de unos momentos eternizados por la memoria, que cada siglo, cada año, se hacen carne, se hacen madera viva que huele a pinar...

El recuerdo de una Semana Santa que, como reza la inscripción de vuestra puerta de San Sebastián "populus fecit", la hizo el pueblo, la hicisteis vosotros, vosotros mismos, los hijos de los campos, los hijos de Castilla, los hijos de Ríoseco... la hicisteis vosotros a golpes de gubia, a golpes de fe, a golpes de amor...

